

# *La Chinoise* contra *Les Mots et les choses*: la “flor azul” de Michel Foucault y el lector que está por venir

La Chinoise *against* Les Mots et les choses:  
*Michel Foucault’s “blue flower” and the reader to come*

**Julián Sauquillo**

Universidad Autónoma de Madrid, España  
julian.sauquillo@uam.es

**Resumen:** *Les Mots et les choses* fue recibido como una “novedad” enojosa hace cincuenta años. Pero se inscribe, más bien, en una tradición romántica de libro soñado en una larga serie de otros sueños del pasado. Michel Foucault comparte con la tradición romántica no sólo la admiración por el *Quijote* y la pintura del barroco sino también la vinculación de filosofía y literatura. Aquí se apuntan algunos de los elementos compartidos con el romanticismo. Pero el trabajo se centra en la literatura que le permitió desembarazarse de la filosofía universitaria. Su concepto de la literatura retrocede a un viaje órfico compartido por Novalis y Blanchot. Arribar al conocimiento, en tal trance iniciático, supone conocer y experimentar la muerte, el silencio y la noche. Se trata de un viaje inscrito en la Biblioteca y el celo erudito. Recabar todas las palabras muertas del pasado requiere de mayor sentido trágico que la Enciclopedia ilustrada. También mayor voluntad de conocimiento que “La Chinoise”.

**Palabras clave:** pensamiento del Exterior, literatura moderna, Blanchot, Romanticismo, Orfeo, poesía, escritura, silencio, dolor, muerte, Foucault, Novalis.

**Abstract:** Fifty years ago, *Les mots et les choses* was considered an irritating “novelty”. However, it is rather inscribed in the romantic tradition of the book dreamed through a long series of past dreams. Michel Foucault shares with the Romantic tradition not only the admiration of Don Quixote and Baroque painting but also its particular connection between philosophy and literature. Hereinafter I explore some of the elements he shared with Romanticism. This essay focuses on his work on literature that enabled him to move beyond philosophy as a university discipline. His concept of literature might be traced back to an Orphic journey as the one taken by Novalis and Blanchot. As a rite of passage, knowledge becomes the understanding and experience of death, silence and the night. This is a journey inscribed in the Library and the erudite zeal. Gathering past dead words requires a more tragic sense than the Enlightened Encyclopedia. It also requires a greater will to know than “La Chinoise”.

**Keywords:** thought from Outside, modern literature, Blanchot, Romanticism, Orfeo, poetry, writing, silence, pain, death, Foucault, Novalis.

Fecha de recepción: 24/06/2016. Fecha de aceptación: 23/10/2016.

Julián Sauquillo es catedrático de Filosofía del Derecho y profesor de Historia de la Teoría Política en la Universidad Autónoma de Madrid. Se ha dedicado a tres núcleos de investigación: el pensamiento clásico representado por los estoicos y Nietzsche; el barroco español; y la teoría social entre los siglos XIX y XX -especialmente, la teoría weberiana de las élites. Ha mostrado especial interés por el pensamiento de Maquiavelo, Tocqueville, Durkheim y Foucault, sobre quien realizó su tesis doctoral. Ha publicado diversos trabajos sobre Saló o los 120 días de Sodoma (1975) de Pier Paolo Pasolini. Es miembro del consejo de redacción de *Lingue e Linguaggi*, *Res publica* y *La Torre del Virrey*. En los últimos años, se ha dedicado a la teoría de la democracia: especialmente a la representación política y a la teoría del poder constituyente.

(...) es lo que (...) ocurre con la inmensa mayoría de los historiadores, que, sin duda alguna, serán muy hábiles en la narración, y excesivamente prolijos en sus detalles aislados, pero que vendrán a olvidar justamente lo que más les conviene saber, que es lo que encadena los hechos más diversos creando un conjunto o que resulta a la vez agradable e instructivo.

(...) parece que el historiador debería unir también a estas dotes antes indicadas las del poeta, pues sólo a los poetas les es dado el arte de enlazar adecuadamente unos hechos con otros. En sus fábulas y relatos, (...) muestran un delicado sentimiento, capaz de comprender el misterioso espíritu de la vida.

Novalis, *Enrique de Ofterdingen* (1800).

Dioses nuevos, los mismos hacen creer ya el Océano futuro, el hombre va a desaparecer.

Michel Foucault, *Les mots et les choses* (1966).

## 1. Los emisarios de la Noche y *La Chinoise*

*La Chinoise* (1967) de Jean-Luc Godard se estrenó un año después de la aparición de *Les mots et les choses* (1966). Indudablemente, este gran cineasta quiso rendir un homenaje al mejor libro del filósofo francés. Foucault acudió, además, como filósofo entre los entrevistados por *Cahiers du Cinema*<sup>1</sup> bajo la impronta de Godard. Pero el tributo cinematográfico que le rindieron ha pasado, sorprendentemente, desapercibido. Se resaltó la influencia del estructuralismo en el rumbo crítico de *Cahiers du Cinema*—fundamentalmente, pilotada por Roland Barthes— y el maoísmo de moda que inculcó a toda la intelectualidad francesa, incluido el mencionado *Cahiers*.... Pero hubo una disidencia a este imperio prochino. Es cierto que la crítica generalizada del estalinismo del P.C.F orientó a muchos a buscar motivos antiimperialistas en China. Sin embargo, más allá de estas afinidades colectivas con la “revolución cultural”<sup>2</sup>, *La Chinoise* de Godard suelta una carcajada cinematográfica sobre la izquierda amarilla. Los militantes chinos aparecían retratados en la película cómo ingenuos e inflexibles mecanicistas históricos. Pero el estruendo de la carcajada de Godard ante los maoístas y su homenaje a Foucault no han sido subrayados por la crítica.

En realidad, el contexto intelectual no podía ser menos favorable para *Les mots et les choses* porque el maoísmo lo impregnaba casi todo. Esto es cierto. Pero aquellos

1 FOUCAULT, Michel. «Anti-retro», *Cahiers du Cinema*, nº 251-252, julio-agosto de 1974, págs. 5-15.

2 VIDAL ESTEVEZ, Manuel. «Pensamiento y cine. Fulgores teóricos, cegueras políticas», *En torno a La Nouvelle vague. Rupturas y horizontes de la modernidad*, Madrid, Filmoteca Española, 2002, 541 págs., págs. 391-417, págs. 393, 394 y 411-413.

maoístas eran vapuleados en la película. Eran tan torpes que no se fiaban de una lucha obrera para una subida salarial del doce por ciento; había que auspiciar las condiciones históricas objetivas y subjetivas —“cuanto peor, mejor”— que llevaran a las barricadas, para asaltar el poder burgués y arrancárselo a estos usurpadores. Sin embargo, he aquí la paradoja: mientras se daban las condiciones objetivas, aquellos “cachorros del maoísmo” vivían confortablemente. Aquellos atildados jóvenes querían confrontar las ideas vagas del capitalismo con ideas claras en las casas de sus padres altoburgueses. El adorado Libro Rojo se infiltraba en ambientes familiares de liberales culpables del desmantelamiento de la organización obrera. Estos maoístas habían mamado con la ayuda de ricos empresarios y banqueros. Eran una minoría revolucionaria en la línea correcta aunque se supusieran toda una mayoría, alzados por su colección de dogmas. Este pobre argumentario retorna hoy: es muy permanente. Pero Godard y Foucault se enfrentaban, por diversos medios, ya entonces, al materialismo dialéctico que estallaría unos años después en el sesentaiocho francés. Es sabida la crítica de Foucault al Goulag y su distanciamiento con Sartre por su ceguera prosoviética<sup>3</sup>. También, es conocido su desprecio por las estrategias maoístas como reproductoras del mismo poder burgués<sup>4</sup>. Mucho después de la revolución cultural china, Foucault advertía que la desacralización del partido comunista, que algunos veían positivamente, había sido sustituida por la sacralización de Mao Tsé-toung. ¿Había algo más en la revolución cultural —se preguntaba Foucault— que sus bendiciones de ser de derechas o de izquierdas otorgadas a unos u otros?<sup>5</sup> Estos prochinos de *La Chinoise* eran, en cualquier caso, más descarados de lo previsible. Hubieran vuelto loco al propio Mao. No dudaban en investir la política de puro teatro, artificio escénico, en la línea de Shakespeare y Brecht. ¿Escuchan hoy el eco de aquellas ideas? Podían utilizar a una chica de origen campesino, tan joven como ellos, en el servicio doméstico e, incluso, prostituirla si el proselitismo no recaudaba suficiente para la caja de resistencia. Para ellos, la lucha de clases estaba fuera del grupo dogmático y no dentro. El avance inexorable del reino de la necesidad al de la libertad exigía muchos sacrificios personales y algunas contradicciones. La filosofía se reducía, por supuesto, a la filosofía marxista, según la interpretación de Omar, un camarada filósofo de Nanterre que aparece en *La Chinoise*. Por fin, la muerte de Stalin les allanaba el camino de la filosofía maoísta, según su lección escolar. Había que indagar filosóficamente en “los hechos como cosas y en los fenómenos tal como existen objetivamente” porque —aguanten la carcajada— “la verdad es el vínculo interno de esas cosas y fenómenos”. Estudiar era indagar en las leyes de esos fenómenos objetivos sin dar tregua alguna a nuestra imaginación.

3 NAVILLE, Pierre. *La revolución y los intelectuales* (traducción de Santiago ALBERTÍ), Barcelona, Galba, 1976, 181 págs.

4 FOUCAULT, Michel. «Sur la justice populaire. Debat avec les maos» (1972), *Dits et écrits, 1954-1988* (edición de Daniel Defert y François Ewald), I (1954-1975), París, Gallimard, 2001, 1707 págs., págs. 1208-1237.

5 FOUCAULT, Michel. «Sur La seconde Révolution chinoise» (1974), *Dits et écrits, I*, págs. 1381-1383; FOUCAULT, Michel. «La Seconde Révolution chinoise» (1974), *Dits et écrits, I*, págs. 1383-1386.

Estos infantiles revolucionarios parecen haber identificado bien a *Les mots et les choses* como libresco “enemigo del pueblo”. Para ellos, la ciencia humana tenía que volver a ser lo que era para Marx: “un instrumento político, una verdad de combate”. Suponían que la crítica de Michel Foucault realizaba el camino inverso al maoísta. Hacía el recorrido del marxismo pero en sentido contrario. Foucault no mostraba los fallos de la sociedad. Formaba parte de las escuelas reaccionarias de ciencias humanas. Según estos filósofos de bolsillo, Foucault se limitaba a señalar que “los proyectos y la voluntad de los hombres no pueden modificar” a la sociedad. Estos jóvenes dogmáticos aludían directamente a Foucault al acusarle de que el hombre aparezca como una idea inventada por los modernos y superable en breve plazo. La “chinoise” se revolvió contra la situación de las doctrinas y ciencias humanas contemporáneas. Sartre aparecía como el concienzudo pensador que intentó hacer vacilar esta lamentable situación de las ciencias humanas. Toda la crítica marxista del conservadurismo foucaultiano se expone por un joven maoísta mientras una camarada, uniformada de señora del servicio, limpia los cristales. ¿Recuerdan?

Aunque Foucault aparecía, en el filme, como parte del declive europeo de la izquierda, a mí me parece responder mejor a la descripción que hacen del marxista del siglo XIX: un hombre de ciencia, un gamberro destructor de ídolos y un revolucionario. En todo caso, dislates prochinos aparte, uno de los momentos estelares del filme es cuando Novalis es defenestrado dentro de la depuración marxista. Había tenido una presencia minúscula en la iconografía de los camaradas —una foto carnet en la limpia pared del cuartel general revolucionario— hasta que es purgado. No valen imploraciones o dudas salvíficas porque sea un sabio de la poesía como Brecht. Ahora es descolgado de la pared y apuntado con una flecha con ventosa. Entre los variados enemigos públicos de este “Robin Hood maoísta” se encuentran Franco, Himmler, Trotsky y Nixon, en un corcho, entre otros muchos. Los maoístas no distinguen entre los autoritarios y los pensadores. La mezcolanza abarca a Descartes, a Novalis y a la portada de *Les mots et les choses*. ¿Queda algo salvable del collage del extremismo de izquierdas de la época? Algo sí es recuperable. No en vano, el frío corazón de una adolescente prochina grita allí: “¡Pobre Novalis!”. La mezcolanza es propia de un jacobinismo absolutista que desea acabar con todo. Pero cabe que alguna identificación escabrosa sea recuperable. No la de Descartes con Foucault: las diferencias de Michel Foucault con Cartesio son conocidas por haber estirado, más allá de él, el cristianismo y haber sepultado la espiritualidad grecorromana. Pero sí es sugerente la identificación de Foucault con Novalis. La demanda romántica de espiritualidad podría ser compartida por Foucault. Cabe identificar un subjetivismo originario, bajo el acusado formalismo estructural de Foucault, resaltado por sus críticos<sup>6</sup>.

6 ARTIÈRES, Philippe; BERT, Jean-François; CHEVALLIER, Philippe; MICHON, Pascal; POTTE-BONNEVILLE, Mathieu; REVEL, Judith y ZANCARINI, Jean-Claude (Edits.), *Les Mots et les Choses. Regards critiques 1966-1968*, Caen, Presses universitaires de Caen, 2009, 377 págs.

Foucault hizo de sus escritos filosóficos su mejor biografía. Negaba que hubiera otra biografía que no fueran los múltiples pasos —deslizamientos de sentido— de su itinerario filosófico. Son pasos de alguien que no admite un estadio definitivo para su pensamiento. Siempre se planteó partir de territorio francés. Fue “exiliado en la región paterna” e hizo bueno el “remos y hachas resuenen solitarios” —en expresiones del poeta J. V. Foix—. Hay un anhelo de infinitud, en él, que siempre chocó con la barrera de la crítica. La poesía se confrontaba en sus escritos, como en los textos románticos, con la “soberanía de lo terrenal”. Extranjero en su mundo, Foucault responde al ideal romántico inaprensible de la “flor azul” de *Enrique de Ofterdingen* (1800). La “flor azul” simboliza la aspiración absoluta, infinita, de abarcar ciencia y poesía. Es símbolo de la poesía pura y de la vida perfecta. Se trata de una aspiración inconclusa<sup>7</sup>. Si los románticos se expresan en fragmentos porque sólo Dios puede captar una realidad que huye, Foucault nunca concluye su pensamiento y lo somete a cortes y deslizamientos de sentido sucesivos que dan lugar a una obra permanentemente abierta. El poeta del pensamiento nunca ofrece una obra cerrada. Apenas muestra elaboraciones en continua realización. El ideal azulado de elaboración teórica como Poesía choca, una y otra vez, con una realidad demasiado prosaica que Foucault localizó en el luctuoso papel de la crítica.

Los prochinos a quienes Foucault se enfrentaba, necesariamente, sólo poseían una imaginación maléfica: invocaban al torero Paco Camino mientras entrechocaban cuchillos de desollar. Godard (... y Foucault) rendirían tributo a quien hace osadas cornamentas con un manillar de bicicleta, como Picasso, en vez de estigmatizarlo como los maoístas en *La Chinoise*. La imaginación rebosa en *Les mots et les choses* con la misma “risa filosófica” de Godard. Abre ya su “Prefacio” con las experiencias heterotópicas de Jorge Luis Borges y de Raymond Roussel, auténticos desafíos a la Enciclopedia china y la Mesa de disección. Desde luego, la admiración de Foucault por *Don Quijote de La Mancha* y *Las meninas* le acerca más a los laberintos de la Iberoamérica mágica que a su clasificación como fenomenólogo, estructuralista o postmarxista. Pero, de otra parte, no cabe encasillarle, claro está, en el romanticismo. Un énfasis general en el valor de la imaginación poética no trata de reconstruir influencias concretas de Novalis en *Les mots et les choses*. Pero poner de relieve algunos paralelismos de Foucault con el romanticismo posibilita desmarcarlo del formalismo epistemológico. Cabe advertir que Foucault está lejos de defender la ineluctabilidad de las estructuras de pensamiento (*epistemes*) sobre la experiencia de los individuos, si observamos la urdimbre ficcional de su particular punto de vista. Su método, algunas de sus constantes temáticas y su posición filosófica cuentan con un subjetivismo fuerte. Su impulso filosófico concibe la vida como máxima obra de arte, como el Novalis despreciado por la izquierda maoísta.

7 BARJAU, Eustaquio. «Introducción», *Himnos a la noche. Enrique de Ofterdingen* (edición de Eustaquio BARJAU), Madrid, Cátedra, 1992 (5ª ed. 2014), 295 págs., págs. 7-61, págs. 28, 29. BOMPIANI, *Diccionario literario*, Tomo IV, Barcelona, Hora, 1988, 968 págs., págs. 515, 516.

La oposición de Novalis con Kant puede resultar más frontal que la de Foucault. Novalis confronta la fantasía contra el entendimiento, la fábula contra la verdad, la novela contra la Ilustración. Su sentimiento del fracaso de la Revolución francesa es abierto por causas personales y argumentos metafísicos. ¿Acaso aquí Foucault marca una pronunciada distancia con Novalis? Nada más complejo que la posición de Foucault respecto del kantismo<sup>8</sup>. El aire de familia de Foucault con el romanticismo se manifiesta en que el pensamiento de Kant es punto de partida y piedra de choque. Puede que esté más cerca de una reconciliación con Kant, semejante a la de Schiller y Fichte, que con su rechazo pleno a la manera de Novalis<sup>9</sup>. Pero la reivindicación final de la Ilustración en Foucault se funda en una versión muy personal —más apoyada en Baudelaire que en Kant— de esta. En todo caso, su júbilo ilustrado no compromete su fuerte crítica a la Enciclopedia como nueva estructura de dominación en el interior del saber. Materias tan diversas como la extracción minera, el artesanado o la medicina se vieron sometidas —según Foucault— a todo un trabajo de selección, normalización, jerarquización y centralización en el siglo XVIII.<sup>10</sup> Existe en Foucault un rechazo soberbio de la Óptica, de la Luminosidad y sus ilusiones de transparencia que mal se compadece con cualquier adhesión al Siglo de las Luces. Michel Foucault no es un corifeo de la Noche —el *Himno a la Noche* (1800) es estrictamente de Novalis— pero sí es el admonitor de las sombras a costa de las cuales se erige la Luz. Las Luces esconden los márgenes de la vida —en el argumento de Foucault— y la penumbra de la Noche es más dadora de sentido —como en el romanticismo de Novalis— que el día.

Los románticos admiraron a la España del barroco. Llegaron a la conclusión de que Calderón de la Barca no tenía nada que envidiar a Shakespeare. La primera edición alemana de *Don Quijote...* —pasa por ser magnífica— fue debida a Ludwig Tieck, amigo intelectual de Novalis, y pronto contó con un estudio-prólogo de Heinrich Heine. Si tuviéramos que situar a Foucault ente la preferencia por el barroco inglés o el español, su admiración por *Don Quijote...* y por *Las Meninas* parece decantarle por el barroco español que se prodigó más lúcidamente en Iberoamérica. De una parte, Foucault parece compartir con Novalis mayor comprensión hacia Grecia que hacia Shakespeare. Foucault no dejó de tener presente a *Edipo rey* de Sófocles mientras que su anotación de Shakespeare es puntual<sup>11</sup>. De otra parte, su alusión a Shakespeare es muy transitiva y nada detenida en la poesía de sus versos o de su teatro. No llega a serle crítico como Novalis, cuando no reseñaba mayor calidad

8 SAUQUILLO, Julián. «La radicalización del uso público de la razón (Foucault, lector de Kant)», *Daimon. Revista de Filosofía*, nº 33, septiembre-diciembre de 2004, Murcia, Sociedad de Filosofía de la Región de Murcia y Departamento de Filosofía de la Universidad de Murcia, 291 págs., págs. 167-185.

9 VILLACAÑAS, José Luis. *La quiebra de la razón ilustrada: idealismo y romanticismo*, Madrid, Cincel, 1988, 236 págs., págs. 210, 211.

10 FOUCAULT, Michel. «*Il faut défendre la société*». *Cours au Collège de France. 1975-1976* (edición de François Ewald y Alexandro Fontana por Mauro Bettani y Alessandro Fontana), París, Gallimard, Seuil, 1997, 283 págs., págs. 161-166.

11 FOUCAULT, Michel. «*Il faut défendre la société*». *Cours au Collège de France*, pág. 156.

en la poesía de Shakespeare que en la prosa de Boccaccio y Cervantes. Además, no le molesta, a diferencia de Novalis, que mezcle lo noble con lo popular<sup>12</sup>. Pero Foucault apenas realiza comentario poético alguno cuando se detiene en textos de Shakespeare o de Cervantes. Foucault va a los textos de ambos para comentar dos posiciones respecto de la locura. A Foucault no le estorba esa mezcla de lo grandioso con lo plebeyo, que enturbia a Novalis en Shakespeare, y elige una conversación del bufón con el rey (Acto III, escena 2ª, *El Rey Lear*). Le interesa la clamorosa e irremediable declaración de la locura en el páramo que se da en este pasaje. *El Rey Lear* representa, de forma rara en nuestra cultura, la experiencia trágica de la locura, sin la distancia de lo cómico que occidente emplea para domesticarla. Mientras que la locura del Quijote se vuelve consciente, incluso, para su personaje principal aunque sea en último lugar. La locura de Shakespeare no tiene vuelta atrás mientras la de Cervantes sí la tiene. La conciencia final del Quijote del estado de locura es preámbulo de la muerte inminente que sólo le permite testar (Capítulo LXXIV, *Don Quijote de la Mancha*). Sin embargo, la más profunda locura del Rey no deja de interpretarse en el espacio representativo del teatro<sup>13</sup>. Shakespeare sería garante de la representación, entonces, y ajeno a la experiencia silenciosa de la noche. Mientras, Foucault ha dedicado parte de sus más brillantes páginas a la “ceguera” de Edipo.

No se trata de subrayar la presencia de la escuela romántica en Michel Foucault sino de manifestar cómo comparten temas cuando escribe *Las palabras y las cosas*: el gran libro del mundo que contiene la vida y los personajes del propio lector; las cosas que hablan; la fascinación por las palabras más allá de su propia significación; la admiración por la disposición vital del ermitaño; la unión de filosofía y literatura; la presencia del duro trabajo del minero en la gran metáfora mineralógica de la “arqueología” que recorre *Les mots et les choses*; el interés por introducir la poesía en el trabajo histórico; la presencia de la naturaleza y de la muerte; el gusto por la Edad Media y la iconografía de El Bosco; la admiración por El Quijote; la observancia del delirio en las profundidades de la razón; la presencia del barroco español en su iconografía pictórica más importante; la importancia del azar en la vida; el afán por comprender fuera de la utilidad universitaria; la indivisibilidad del todo que une a la ciencia con la literatura; el desciframiento constante del sueño como vector de la existencia, ... Pero, ¿sólo comparten algunos temas o participan también de un similar impulso teórico? De momento, el interés de Foucault por Rousseau, Chateaubriand, Hölderlin, Baudelaire, Nerval o Mallarmé muestra su inmersión filosófica en el absoluto de la imaginación romántica<sup>14</sup>. Pero un acercamiento al aire noctámbulo que une a Foucault con el romanticismo requiere alguna aproximación a las bases que les dotan de un “aire de familia”.

12 NOVALIS. «Sobre el poeta y la poesía», *Escritos escogidos* (Edición de Ernst-Edmund KEIL y Jenaro TALENS), Madrid, Visor, 1984(3ª ed. 2004), 180 págs., págs. 103-124, págs. 122-124.

13 FOUCAULT, Michel. «Le silence des fous», *La grande étrangère. À propos de la littérature*, París, Éditions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales, 2013, 221 págs., págs. 29-35.

14 BÉGUIN, Albert. *El alma romántica y el sueño* (traducción de Mario MONTEFORTE TOLEDO), México, Fondo de Cultura Económica, 1939 (1ª reimpresión 1978), 500 págs., págs. 478-488.



Tanto los *Himnos a la Noche* como *Enrique de Ofterdingen* son expresiones artísticas marcadas por la fragmentación, la desconexión racional y el juego de planos intercalados. De una parte, no hay razonamientos, explicaciones o prédicas en los *Himnos a la Noche*<sup>15</sup>. De otra parte, *Enrique de Ofterdingen* yuxtapone el sueño, el viaje materno, el encuentro con una sufriente y dulce oriental, la vida guerrera de una nueva cruzada, la exploración de la caverna de la mano del minero, el acercamiento al poeta Klingsohr (representación de Goethe) ya famoso...<sup>16</sup> Todo ello es trazado en una narración corta e inacabada. Forman demasiados planos para guardar un orden que no sea onírico. Se trata de fulguraciones fragmentarias de suma importancia<sup>17</sup>. Son textos abiertos a interpretaciones diversas pero siempre profundamente críticas con el Siglo de las Luces. Los *Himnos a la Noche*, I y II, se abren con la constatación de la apertura generalizada de todos a la luz y al espacio. En cambio, el amor a las mágicas apariciones de la claridad es apreciada por el poeta como una adhesión pobre y evidente. El poeta no comparte tal alegría generalizada y busca el misterio de la Noche en su profundidad desértica y sola. Novalis confronta las sorpresas del día y de la noche para subrayar la banalidad de las cosas iluminadas y el misterio de las oscuras<sup>18</sup>. El amor y el conocimiento son cegados por la luz del día y creados, en cambio, por la noche. Novalis precipita al poeta a acabar con el estado de vigilia que permite el “señorío de la terrenal”, el predominio de lo común y vulgar, para sumergirse en el sueño eterno. Un verdadero crepúsculo trae la felicidad de la noche eterna. Sólo el poeta emprende las más peligrosas aventuras —las que el hombre moderno no experimenta con vago remordimiento— por insatisfacción con el mundo externo y reminiscencia de una infancia más armónica<sup>19</sup>. Sólo el ocultamiento del esplendor terrenal, que la luz procura, permite un nuevo e insondable mundo donde se funden el conocimiento y el amor de la amada, según el himno III. Novalis plantea el viaje a la noche como un viaje sin retorno, en el himno IV:

(...) Aquel cuya boca mojó una vez la cristalina onda que, invisible para los sentidos comunes, brota en el oscuro seno del monte en cuyo pie se rompe la resaca terrenal; aquel que se irguió sobre esa cordillera fronteriza del mundo, y alzó su mirada por encima hacia la nueva tierra, la residencia de la noche, aquel, verdaderamente, no volverá al ejercicio del mundo, al país donde la luz reina y habita eterno desasosiego (...)

Mientras que la luz necesita de la noche para adquirir sus contornos y no disolverse en el espacio sin fin, la noche, en el gran poema de Novalis, es el origen

15 GONZÁLEZ PORTO-BOMPIANI, *Diccionario Literario*, Tomo IV, Barcelona, Montaner y Simón, S. A., 1959 (2ª ED. 1967), 967 págs., págs. 602, 603.

16 GONZÁLEZ PORTO-BOMPIANI, *Diccionario Literario*, Tomo V, págs. 515, 516.

17 BRION, Marcel. *La Alemania romántica, II, Novalis, Hoffman, Jean-Paul* (traducción de María Luz Melcón), Barcelona, Barral, 1971, 355 págs., págs. 52, 53.

18 PAU, Antonio. *Novalis. La nostalgia de lo invisible*, Madrid, Trotta, 2010, 261 págs.

19 BÉGUIN, Albert. *El alma romántica y el sueño*, págs. 242-270.



carente de necesidad alguna. La noche antecede al día y en sus sombras se dan las más dolorosas revelaciones. Esta fascinación de Novalis por el misterio de la noche es compartida por Foucault no sólo cuando indaga en los sinsentidos de la racionalidad a través de la infamia criminal a comienzos de los setenta. También en su principal tributo a Blanchot y su lectura del viaje de Orfeo. El viaje a las profundidades de la noche en busca de la amada como fuente del conocimiento es un viaje órfico<sup>20</sup>. El viaje de Orfeo está presente en las reflexiones de Foucault ya en los preludios de *Les mots et les choses*. Foucault señala que, en la forma de lenguaje que conocemos como “literatura moderna” a partir del siglo XIX, sólo existen dos sujetos reales: Edipo para la transgresión (Jocasta profanada) y Orfeo para la muerte (Euridice perdida y reencontrada). La literatura moderna nos viene del espacio que se reparten, de una parte, la prohibición y la transgresión y, de otra parte, la muerte o el agotamiento de lo dicho por la repetición en la biblioteca<sup>21</sup>. Para Foucault, la biblioteca no es el lugar de apropiación racional del sentido perdido sino un depósito de palabras muertas. La biblioteca para Foucault no es el lugar de la comprensión racional sino el espacio de la locura, el silencio y la muerte. Las palabras depositadas en la biblioteca no son el arsenal de sentido, que quisieron los Enciclopedistas, sino silencios de ultratumba, sin redención posible. Su concepción de la biblioteca es literaria y antifilosófica. Si para Hans Blumenberg, la literatura capta el nihilismo antes que la filosofía<sup>22</sup>, para Foucault, la literatura realiza elecciones originales más importantes, hoy, que la filosofía. La literatura puede guardar algún tipo de subversión no muy clara, que la filosofía —dentro de su argumento— ya no conserva<sup>23</sup>. La literatura le permitió a Foucault desembarazarse de la filosofía. Nietzsche, Blanchot, Klossowski, Bataille suponen, para él, en los años sesenta, un pensamiento que se aparta de cualquier registro universitario. La literatura deja de ser un producto universitario o un mito político para ser un elemento intransitivo cuya revuelta está por definir. Se trata de un lenguaje no clasificable, urdido de espirales, dulzura insidiosa e inquieta, violencias, rusticidades campesinas...<sup>24</sup>

Para Foucault, como para los románticos, la literatura es un programa político antiilustrado. Pretende que la literatura libere una verdad que el aparato psiquiátrico ilustrado ha ido sepultando bajo el estigma social de la “locura”. La emergencia de la “época clásica”, a mediados del siglo XVII, tacha el papel que el loco jugó de decir la verdad durante el renacimiento y el barroco. El loco dejó de ser un profeta

20 ARGULLOL, Rafael. «El descenso místico de Novalis», NOVALIS, *Himnos a la Noche* (traducción José María VALVERDE), Barcelona, Icaria literaria, 1985 (2ª ed. 2012), 104 págs., págs. 11-22, pág. 14.

21 FOUCAULT, Michel. «Littérature et langage» (Bruselas, diciembre de 1964), págs. 88, 89.

22 BLUMENBERG, Hans. «El problema del nihilismo en la literatura alemana contemporánea», *Literatura, estética y nihilismo* (FRAGIO, Alberto y ROS VELASCO, Josefa eds.), Madrid, Trotta, 2016, 153 págs., págs. 25-35.

23 FOUCAULT, Michel. «Folie, littérature, société» (1970) (entrevista con T. Shimizu y M. Watanabe), *Dijs et écrits*, I, págs. 972-996, pág. 994.

24 FOUCAULT, Michel. «Se débarrasser de la philosophie» (A propósito de la literatura. Grabado en junio de 1975), *Michel Foucault, entretiens* (con Roger-Pol Droit), París, Odile Jacob, 2004, 151 págs., págs. 75-88.

naif que decía la verdad que los cuerdos ignoraban. No dominaba su voluntad y decía la verdad a quienes poseían autocontrol. Los albores de la Ilustración sepultaron esta verdad inoportuna, incómoda, que pasará a ser pronunciada por la literatura en el siglo XIX. Foucault emparentó literatura y locura a través de la figura egregia de Hölderlin. A Roussel y, más si cabe, a Blanchot les atribuye ser “experiencia de los límites” que tan brillantemente encarnaron los sueños y fulguraciones imaginativas de los románticos.

## **2. Un viaje de dolor, sinsentido y muerte**

Uno de los elementos de ruptura de Foucault con la fenomenología es la particular lectura de Martin Heidegger realizada por Maurice Blanchot. “La mirada de Orfeo” y “La soledad esencial y la soledad del mundo”, incluidos en *L'espace littéraire* (1955) de Blanchot, son un contraataque a la experiencia fenomenológica. Foucault siguió esta línea de ruptura con la fenomenología entre la escritura de *Historia de la locura en la época clásica* (1961) y *Las palabras y las cosas* (1966)<sup>25</sup>. Ahora la “experiencia” no es la experiencia perfeccionable de contornos cada vez más precisos, en la línea fenomenológica, sino la experiencia del espacio infinito de la obra de arte. Ya no se trata de fijar los contornos apolíneos, luminosos, de la obra de arte sino de entrar en la embriaguez dionisiaca que no conoce más que su reelaboración infinita y sin descanso. Orfeo viaja al fin de la noche a conocer a Euridice, su amada, en la misma “exaltación nocturna” de Novalis. Descender o abrirse a la noche contradice la prescripción del mito griego que ordena permanecer en la forma de la obra de arte, perseverar en ella y buscar la armonía en la bella claridad del día. El viaje órfico encierra un dolor desechado por el mundo antiguo. Algo que le llevó a Novalis a distanciarse de la Grecia antigua para abrazar la figura de Cristo<sup>26</sup> en el himno VI. Cristo introduce la nueva muerte: una muerte que no cierra un ciclo como la muerte clásica, sino que abre la verdadera vida de creación y pensamiento para el hombre<sup>27</sup>. La muerte no es fosilización sino la manera de renovar y perfeccionar la vida<sup>28</sup>.

Maurice Blanchot, en semejante viaje de dolor, conocimiento y muerte, nos expresa cómo la obra no se da en la forma sino en la profundidad de una noche cuya penumbra no cabe iluminar a través de un esfuerzo fenomenológico. Su viaje es sin retorno. El viaje a la noche lleva a la pérdida de sentido —no a su encuentro preconceptual—, conduce a la condena a la pena de locura prescrita por el día. La auténtica experiencia, para Novalis y Blanchot, es de la oscuridad y no de la

25 MICIELI, Cristina. *Foucault y la fenomenología. Kant, Husserl, Merleau-Ponty* (prólogo de Roberto J. Walton), Buenos Aires, Editorial Biblos, 2003, 152 págs.

26 AYRAULT, Roger. *La genèse du romantisme allemand, 1797-1804*, I, París, Editions Montaigne, 1969, 572 págs., págs. 353-376.

27 AZÚA, Félix de. «Presentación», *Los discípulos de Sais* (edición de Félix de AZÚA) de NOVALIS, Madrid, Hiperion, 1988, 67 págs., págs. 7-23, pág. 16.

28 MARTÍNEZ NAVARRO, Alejandro. *La nostalgia del pensar. Novalis y los orígenes del romanticismo alemán*, Sevilla, Madrid, Thémata/Plaza y Valdés, 2010, 290 págs., págs. 114-117.

luz. Ambos rebasan el mito griego que ordena permanecer en el canto. Quieren ir más allá: acceder a lo invisible —la esencia de la noche— y escuchar lo inaudible —lo que está más allá del canto—. La experiencia de la Noche es la experiencia heideggeriana de lo impensado. La entrada en el sueño eterno de la noche no ahonda en ningún fundamento. En la noche absoluta, la mirada se quema por la luz de los dioses y se asciende a la cumbre en la que habita Hölderlin<sup>29</sup>.

Los *Himnos a la Noche* emprendían un viaje que había de culminar con el encuentro con la amada muerta. La escritura era trasunto de un encuentro doloroso. Caer en los brazos de la amada muerta suponía confundirse en ella: morir también.

Y tú, exaltación nocturna, sueño del cielo, viniste sobre mí. El paisaje de la tierra se alzó lentamente... Sobre el paisaje se cernía mi desprendido, renacido espíritu. La colina se tornó polvareda, y en el polvo veía yo las clarísimas facciones de la amada. En sus ojos descansaba la eternidad. Yo tomé sus manos, y las lágrimas formaron un resplandeciente, indestructible lazo. Corrían milenios hacia la lejanía como tempestades. En su cuello lloré embelesadas lágrimas en la nueva vida.<sup>30</sup>

Se trataba de una muerte metafórica pues Novalis no pensaba en el suicidio y era consciente de su importante papel terrenal dentro del grupo *Athenaeum*<sup>31</sup>. Pero la escritura está estrechamente vinculada a la muerte. El amor y el conocimiento conducen a la muerte. De forma que enseñar el camino de la verdad requiere conducir a los otros por el camino de la muerte<sup>32</sup>.

Pues, por mucho que andemos y a cualquier parte que lleguemos, la naturaleza sigue siendo el aterrador molino de la muerte. (...) De cuando en cuando, se divisan ciertos puntos luminosos que sólo sirven para revelar una noche más pavorosa. Toda clase de terrores paralizan al observador. La muerte, cual salvadora, permanece junto a los pobres humanos, pues, sin ella, el hombre más demente sería el más feliz<sup>33</sup>.

Escribir, amar y morir son sinónimos del abandono de sí mismo, de la muerte. Esta experiencia de disolución del sujeto en la escritura no fue, ni mucho menos, ajena a Michel Foucault:

No escribo para dar a mi existencia una solidez de monumento. Intento más bien reabsorber mi propia existencia en la distancia que la separa de la muerte, y probablemente, por eso mismo, la guía hacia la muerte.<sup>34</sup>

29 BLANCHOT, Maurice. *L'espace littéraire*, París, Gallimard, 1955, 379 págs., págs. 7-28 y 227-234.

30 NOVALIS. *Himnos a la Noche*, pág. 37.

31 BRUNSCHWIG, Henri. *Société et romantisme en Prusse au XVIIe siècle*, París, Flammarion, 1973, 365 págs., págs. 333-361.

32 VILLACAÑAS, José Luis. *La quiebra de la razón ilustrada: idealismo y romanticismo*, pág. 208.

33 NOVALIS, *Los discípulos de Sais*, pág. 40.

34 FOUCAULT, Michel. *Le beau danger* (entrevista con Claude BONNEFOY), París, Éditions de l'École des Hautes

El autor de *Les mots et les choses* explicaba su proceso de escritura dentro de un alto subjetivismo que abocaba a su disolución en la escritura. Así es por varias razones. En primer lugar, Foucault vinculaba su escritura a la influencia y al duelo de todo un linaje de cirujanos que acompañaron a su infancia. La intervención inmediata sobre los órganos y la ausencia de prolijos diagnósticos son propias de la cirugía. Como el cirujano trabaja en la materialidad de los órganos, la enfermedad mental no puede sino resultarle algo inconsútil. Ni la locura es una buena enfermedad ni la psiquiatría una rama seria de la medicina. Foucault hizo de este menosprecio (familiar) —a la manera nietzscheana— la urdimbre de su diagnóstico de las conexiones formativas entre locura y psiquiatría. Los sortilegios de la enfermedad y la muerte están en los orígenes de su escritura:

He transformado el bisturí en una pluma. (...). Tal vez, para mí, la hoja de papel sea el cuerpo de los demás.<sup>35</sup>

En segundo lugar, vinculó su escritura —reconocido a Maurice Blanchot en este tema— con la muerte de los demás<sup>36</sup>. Así es porque actúa como el “anatomista que hace una autopsia”: saca a la luz la negatividad que organizó toda la vida de los otros; disecciona piel, tegumentos y órganos hasta llegar a la lesión constitutiva de la muerte de los otros. Pero su escritura nunca pretende causar una herida o una lesión pues actúa sobre la muerte ya confirmada y sin redención cristiana. Ni filósofo, ni historiador, ni sociólogo. Foucault se presenta como “médico” y “diagnosticador”, no sólo por *Historia de la locura y Nacimiento de la clínica*. Pero, a diferencia de Novalis, Foucault no va de la vida a la muerte, tampoco al contrario, sino de la verdad a la muerte y de la muerte a la verdad. Nietzsche es, para el autor de *Les mots et les choses*, el gran diagnosticador de la enfermedad mortal del hombre. En tercer lugar, experimentó su escritura como una mortificación de sí mismo que no dejaba de ser obligatoria y placentera. Obligatoria porque no concebía tranquilidad sin escribir esa página o páginas de cada día. Placentera porque sin satisfacer esa obligación no se libraba de la angustia. A través de esta mortificación, procuraba que el rectángulo de la hoja hiciera desaparecer la prolijidad, la proliferación continua de sucesos minúsculos que reúne la cotidianidad de cada día. Una fluctuación de hechos —decía— que siempre acababa apareciendo por encima de las páginas destiladas. En cuarto lugar, afrontaba con curiosidad libros de botánica del siglo XVII, de gramática del XVIII, de economía política clásica,... como un agrimensor que marca la distancia con ese volumen de palabras muertas. Dice así:

Escribir es colocarse en esa distancia que nos separa de la muerte y de lo que está muerto. Al mismo tiempo, es aquello en que esta muerte

---

Études en Sciences Sociales, 2011, 68 págs., págs. 63, 64.

35 FOUCAULT, Michel. *Le beau danger*, pág. 38.

36 COLLIN, Françoise. «La pensée de l'écriture: différenciation et/ou événement. Maurice Blanchot entre Derrida et Foucault», *Revue de Métaphysique et de Morale*, n° 2, 2015, págs. 167-177.

va a desplegarse en su verdad, no en su verdad disimulada y escrita, no en la verdad de lo que ha sido, sino en esta verdad que nos separa de ella y que hace que nosotros no estemos muertos. Es la relación que la escritura, para mí, debe constituir.<sup>37</sup>

A diferencia de Novalis, Foucault no hace una inmersión en la muerte como la única existencia verdadera, la vida eterna. Al contrario, está fijando los contornos de nuestra vida a través del estudio de aquellas palabras muertas. En quinto lugar, y esto quizás sea lo más disolvente de su individualidad, su trabajo se inscribe en una vida aleatoria y azarosa que hace presentes temas y motivos que se depositaron en su memoria. Un día el cuadro de Velázquez, *Las meninas*, que había visto en Madrid se hizo presente en *Las palabras y las cosas*. Por azar, también se alzó en su obra un material sedimentado sin fin cierto sobre botánica, gramática y economía política del siglo XVII. A través de estas emergencias de la muerte, Foucault estaba descartando una autoría clásica. Desechaba incluso una presencia sagrada de la escritura en sus escritos. Lejos de ser un escritor (persistencia de dejar un lenguaje que se justifica por sí mismo), se atribuía, más bien, ser escribiente (productor de una escritura transitiva hacia fuera del texto), según la diferenciación de Roland Barthes. No creaba ese lenguaje poético tan querido, que sitúa frente a la representación clásica como “ser del lenguaje”. Un lenguaje con afán de existir poéticamente sin apenas decir nada: la palabra poética de Mallarmé<sup>38</sup>.

Heidegger, Kafka, Char, Mallarmé, Lautremont, Sade, Nietzsche, Wittgenstein son ideas fuerza de Maurice Blanchot, también de Michel Foucault. Novalis ahonda el desbordamiento de los límites de la racionalidad. Subraya la primacía del silencio, de lo inexplicable, del sinsentido tachados por la luminosidad en que aparentemente se funda la vida diurna. De forma semejante, Foucault no se sitúa en la captura del sentido fenomenológico o estructuralista. Rebusca en el sinsentido de la vida, en los márgenes de la luminosidad. Quiere llevar las imágenes y las palabras a su vacío como “experiencia exterior” o vuelta al “ser del lenguaje”. Nuestro origen es nocturno, aunque todos los dispositivos sociales produzcan significación, realidad, saber,... Es el silencio de la noche, y no el murmullo del día, lo ontológicamente primero. El silencio, la muerte, el sinsentido son previos para Novalis, Blanchot y Foucault por más que se empecine el deslumbramiento del día. Quizás una lectura heideggeriana de Foucault —lo que facilita Blanchot<sup>39</sup>— pueda ser más fecunda que los ríos de tinta discurridos para señalar el encuadramiento estructuralista de *Les mots et les choses*. Subrayar el rígido mecanicismo de las *epistemes*, como positividades que regulan las condiciones de posibilidad del saber y ordenan nuestra experiencia, esconde el misterio de

37 FOUCAULT, Michel. *Le beau danger*, págs. 62, 63.

38 FOUCAULT, Michel. *Le beau danger*, págs. 7-68.

39 CHAR, René. «En compagnie», *La Nouvelle Revue Française*, nº 168, diciembre de 1966, págs. 961-966; RACHMAN, John. *Michel Foucault the freedom of philosophy*, Nueva York, Columbia University Press, 1985, 131 págs., págs. 11-19; PUGLISI, Gianni. *Lo strutturalismo*, Roma, Ubaldini Editore, 1970, 230 págs., págs. 117-13.

estas experiencias límite en un no-lugar del lenguaje y el enmascaramiento de su preocupación por el “ser del lenguaje”. Así lo ha señalado F. Bouchard, al referirse a los interrogantes abiertos por *Les mots et les choses*:

desde este punto de vista, *Las palabras y las cosas* debe ser leído como el título irónico de un profundo desorden, en gran parte en el mismo sentido en que *La genealogía de la moral* es una reflexión “inmoral” sobre la matanza que ha sido históricamente justificada por la tradicional devoción del bien. Estos transgresores textos se proponen como un diagnóstico, pero diagnóstico, por definición, implica recuperación: la particular recuperación de otra tradición y de otras voces que han permanecido silenciadas, por mucho tiempo, “naturalmente”, como si hubiesen terminado siendo el lenguaje de la razón (...).<sup>40</sup>

Este diagnóstico de la razón conduce a la recuperación del lenguaje de la alteridad. Poco tiene que ver con el estructuralismo, salvo su coincidencia temporal con el debate sobre las aportaciones del método estructural en diferentes ámbitos del saber. El “estructuralismo” es todavía una búsqueda del sentido —claramente diferenciada de la exploración fenomenológica— ajena a las intenciones latentes en los escritos de Foucault, mucho más cercanos a llevar las imágenes y las palabras a su vacío como “experiencia exterior” o vuelta al “ser del lenguaje”, al insondable sentido de la noche. Foucault contribuyó a evidenciar un paradójico fenómeno: cuanto más volcada está nuestra civilización al agotamiento de lo desconocido, se encuentra con lo incognoscible como algo que la contesta irrevocablemente<sup>41</sup>. El silencio de la Noche es primero e irreductible al rumor y la luz del Día.

Subjetivismo de la sensibilidad, imaginación mítica y trágica energía del sentimiento son caracteres propios del romanticismo. Buscan un infinito carente de límites en la naturaleza. Pretenden superar las leyes de la razón para sumirse en la confusión de la fantasía, en el caos originario de la naturaleza humana. Pero no rechazan a la razón. Distinguen entre el hombre de razón deseoso de infinito y el racionalista sin corazón ni entendimiento. Tanto el romanticismo como Foucault denunciaron la “desesperitualización” efectuada por la formalización racionalista del mundo occidental. Las coincidencias de ambas perspectivas con el crítico diagnóstico weberiano de la racionalización formal de la experiencia occidental son evidentes. La razón para los románticos no deja de ser un instrumento para iluminar las profundidades más oscuras del alma y nunca un objeto de burla. Combatieron con vehemencia la ilustración burguesa para dar rienda suelta a las caóticas e irrealistas fuerzas creadoras del hombre. Pero no deseaban perder una conciencia clara del mundo presente. La literatura, tanto para los románticos como para Foucault, era una experiencia de vida más allá de los estrechos límites

<sup>40</sup> BOUCHARD, F. Donald. «Introduction», *Language, counter-memory, practice*, Ithaca, Nueva York, Cornell University Press, 1977 (2ª ed. 1980), 240 págs., pág. 18.

<sup>41</sup> BERTHERAT, Yves. «La pensée folle», *Esprit*, nº 5, mayo de 1967, págs. 862-881, pág. 877.

del libro. Sólo la experiencia artística podía satisfacer la espontaneidad querida para la vida. No se trata de una razón romántica en los estrechos límites de la academia. El romanticismo se interesó fervientemente por terrenos que unió sin respeto alguno por la especialización. La literatura y el arte figurativo, la historia y las ciencias de la naturaleza, sociología y psicología, filosofía y medicina, política y religión. Y este afán enciclopédico, pero de una Enciclopedia más delirante que la *Ilustrada*<sup>42</sup>, es propio de Foucault. El romanticismo también destruyó las líneas divisorias entre fábula y verdad, pasado y presente, pues la fe y la fantasía abren el corazón del mundo. E, igualmente, una fe y una fantasía seculares también sirvieron al proyecto arqueológico de Foucault para romper divisiones y clasificaciones que habían servido a la tranquilizadora divisoria de la historia de las ideas. También para Foucault en el principio fue el caos sobre el que se erigieron clasificaciones, divisiones y fronteras falsamente inexpugnables como si fueran la realidad. Mientras el espíritu clásico dotaba de estructura firme, el romanticismo arrojaba la realidad a la individual, infinita y fluida movilidad. Novalis empujaba a la literatura al caos y procuraba, así, enriquecer los recursos creadores. Descubrieron la fuerza del inconsciente, el sueño, el presentimiento, la nostalgia, la magia, lo fantasmal, el magnetismo del alma y el enigma de los mitos. Aunaron el impulso de la libertad individual con el peso de la organización social en su visión de la historia<sup>43</sup>. Para el romanticismo, el individuo sólo se realiza en una movilidad infinita. Destruía toda fijeza en el discuir y la movilidad infinita. Su estilo verbal se compone de lejanías, secretos, imprecisiones e inefabilidades. La “flor azul” era el símbolo del infinito. Pero el subjetivismo que el romanticismo impulsa no desecha que la sociedad tiene un peso profundo como orden objetivo de la experiencia. Se trata de una dialéctica que Foucault puso de manifiesto en la tensión entre las *epistemes*, como condición de posibilidad de los saberes, y la experiencia artística como experiencia en los límites del lenguaje en *Les mots et les choses*. De forma que tanto para los románticos como para la arqueología foucaultiana, un ser creador está en inevitable lucha dialéctica con las constantes de la época que le tocó vivir. El romanticismo reaccionó ante la dureza y violencia de la época posrevolucionaria con un nacionalismo patriótico. Mientras que Foucault adoptó un compromiso social con su época en forma de denuncia con los desmanes que la razón produce sobre sus márgenes y zonas oscuras.

De alguna manera, el romanticismo vive en la tragedia pues lo infinito no puede ser vivido en nuestra limitada realidad. Esta imposibilidad de vida poética en el mundo es su fatalidad. Su concepto de la historia es poetización imposible del universo e individualidad orgánica del pasado. Un deseo infinito e ilimitado transfiguraba el pasado con nostalgia. Pero, por más que la nostalgia transfigure

42 AYRAULT, Roger. *La genèse du romantisme allemand, 1797-1804*, II, París, Editions Montaigne, 1976, 573 págs., págs. 152-167.

43 CASTRO ORELLANA, Rodrigo. *Foucault y el cuidado de la libertad. Ética para un rostro de arena*, Santiago de Chile, Lom, 2008, 532 págs.



la Edad Media como arcadía del presente, un individualismo exacerbado sólo puede conducir a un aislamiento que aquel romanticismo concluyó en fuertes convicciones religiosas: la realización de Dios en la tierra. Convicciones que un nietzscheano nunca puede compartir. Pero un nietzscheano sí puede coincidir con el romanticismo en una nostalgia no sólo con el pasado sino también con el futuro y en la defensa de la originalidad creadora. Subjetivismo, enciclopedismo, desafío de los límites reales, un fuerte descrédito de la verdad objetiva, querencia por las sombras de la razón, observancia de una tensión entre la determinación social y la libertad individual, y un fuerte compromiso con el presente son elementos compartidos por Foucault con el romanticismo. Pero Foucault no podía sino observar falsas ilusiones en la religión y en el nacionalismo donde el romanticismo buscó consuelo. El subjetivismo de Foucault se encuentra solo en la trágica lucha con su tiempo sin que existan verdades inexpugnables<sup>44</sup>. El concepto que *Les mots et les choses* sostiene de una subjetividad transfiguradora de la realidad, en los límites de cada *episteme*, comparte con Novalis una confianza en la poesía como centro de la filosofía: cuanto más poético, más verdadero es el pensamiento.

Dentro de su particular exaltación de la imaginación creadora, ¿cómo desarrolla Foucault este subjetivismo cercano al romanticismo? *Les mots et les choses* urge a recuperar el pensamiento poético —la ausencia de sentido— en un mundo marcado por la representación significativa. Foucault sostiene que con anterioridad al siglo XVII, los signos no guardaban significación alguna. El “ser del lenguaje” se expresaba en su dispersión infinita. El lenguaje se desplegaba sobre su ser enigmático y bruto, sobre su propia materialidad. Luego será sometido a una estructura binaria como la de la gramática de Port-Royal, a partir de la cual todas las cosas están atadas por un lazo semántico a su significación. Las cosas no son nada si se las concibe fuera del cuadro de Identidades y Diferencias, y de las denominaciones allí encontradas. Esta parece ser la máxima del orden representativo que se impone desde mediados del siglo XVII. Sobre la experiencia del lenguaje en su ser bruto se alza el ser representativo del lenguaje. Así se produce la escisión del ser continuo, infinitamente semejante, de palabras y cosas. A partir de la *episteme* clásica, lo leído y lo visto, lo enunciable y lo visible no se encuentran en la misma maraña sino divididos y organizados por el espacio del orden significativo.

Este es uno de los momentos más intensos y fundamentales de *Les mots et les choses*. A partir del siglo XVII, el “ser del lenguaje” —el misterio, el sinsentido, la poesía— se ha perdido. El lenguaje sólo se concibe como lenguaje significativo, su valor reside en ser discursivo. La luminosidad y el estrépito del Día se impusieron sobre la oscuridad y el silencio de la Noche. Pero la literatura es, para Foucault, todavía, el resto vivo de la Noche. No está dicha la última palabra de la poesía. Así es a pesar de esta sepultura ilustrada del lenguaje no significativo. La experiencia

44 MARTINI, Fritz. *Historia de la literatura alemana* (traducción de Gabriel FERRATER), Barcelona, Labor, 1964, 650 págs., págs. 318-350; ANGELLOZ, J.-F. *La literatura alemana* (traducción de Zoé de GODOY), Barcelona, Surco, 1949, 151 págs.

originaria de la literatura —en el argumento de *Les mots et les choses*— puede todavía rebasar al ser representativo del lenguaje:

Ahora bien, durante todo el siglo XIX y hasta llegar a nosotros —de Hölderlin a Mallarmé o Antonin Artaud—, la literatura no ha existido en su autonomía, no se ha liberado de cualquier otro lenguaje más que mediante un corte profundo, más que formando una especie de “contra-discurso” y remontando así la función representativa o significante del lenguaje hasta este ser bruto del lenguaje olvidado desde el siglo XVI. (...). En la época moderna, la literatura es lo que compensa (y no lo que confirma) el funcionamiento significativo del lenguaje. A través de ella, brilla de nuevo el ser del lenguaje en los límites de la cultura occidental —y en su corazón—, pues es, a partir del siglo XVI, lo que es más extraño, pero, desde este mismo siglo XVI, está en el centro de lo que ella ha recubierto (...).<sup>45</sup>

Estas palabras contienen el nervio teórico del libro y, quizás, su núcleo más liberador. En el retorno a una experiencia originaria se encuentra la conexión entre la experiencia de la locura como “ausencia de obra” y la “experiencia de la literatura” como Retorno a la Identidad de un lenguaje originario, a la dispersión de un lenguaje no discursivo. Esta experiencia literaria es todo un desplazamiento respecto de la cultura occidental. A partir de mediados del siglo XVII, la locura y el lenguaje no representativo serán tachados de “lenguaje enfermo”. El orden representativo, entonces, se constituye en el rechazo de “la pensée du dehors” mediante todas las escisiones constitutivas de la cultura occidental: verdadero/falso, normal/patológico, vida/muerte,... En esta reorganización del saber moderno todavía pensamos.

El Don Quijote, tan querido por los románticos, simboliza, para Foucault, el límite poético de la experiencia de su época. Es el personaje que todavía busca la semejanza entre las palabras y las cosas, la similitud entre lo leído y lo visto, cuando ya en la determinación de la *episteme* clásica ambos mundos están escindidos. Nietzsche consideró a Don Quijote la encarnación poética de la más alta desmesura, y a Cervantes el ejecutor inquisitorial que ahonda la decadencia de la cultura española por ridiculizarle<sup>46</sup>. Foucault subraya también la desmesura de la experiencia de Don Quijote. La narración del periplo andante constituye la “primera de las obras modernas” al mostrar la “razón cruel de las identidades y las diferencias”<sup>47</sup>. Delira porque no se adapta al nuevo orden de la representación<sup>48</sup>. A partir de la emergencia del orden representativo, la búsqueda de las semejanzas sólo será concebible como poesía o locura en la cultura occidental<sup>49</sup>.

45 FOUCAULT, Michel. *Les mots et les choses. Une archéologie des sciences humaines*, París, Gallimard, 1966, 400 págs., págs. 58.59.

46 NIETZSCHE, Friedrich. *La genealogía de la moral* (traducción de Andrés SÁNCHEZ PASCUAL), Madrid, Alianza Editorial, (1ª ed. 1972) 5ª ed.1980, 203 págs., págs. 193-194.

47 FOUCAULT, Michel. *Les mots et les choses*, pág. 62.

48 FOUCAULT, Michel. *Les mots et les choses*, pág. 61.

49 FOUCAULT, Michel. *Les mots et les choses*, págs. 63 y 83.

A mediados del siglo XVII, se produce una profunda reorganización del saber. El orden de la representación estableció una articulación de identidades y diferencias que ordena todo el campo de la experiencia. Esta transformación en el orden del saber se instituye a través del privilegio del lenguaje. La función representativa del lenguaje une y desune las cosas: las esclarece en el orden de las palabras. El orden de las Identidades y Diferencias organiza el saber en torno a la figura del cuadro. Un cuadro, *Las meninas* de Velázquez, simboliza toda la estrategia de la representación: el lugar vacío del rey, la mirada del pintor y la distribución de los diferentes personajes se encuentra en este orden<sup>50</sup>. El lenguaje abandonó, entonces, su consistencia enigmática, para no ofrecerse sino en su máxima transparencia: organiza, describe, compila en el gran *corpus* enciclopédico del saber clásico<sup>51</sup>. A principios del siglo XIX, el lenguaje perdió su poder representativo y retorna a una enigmática materialidad, específica de la modernidad. Michel Foucault sitúa la pregunta ontológica por el “ser del lenguaje” en la modernidad dentro de la reflexión de Nietzsche y Mallarmé:

(...) Para Nietzsche, no se trataba de saber lo que eran el bien y el mal en sí mismos, sino quien era designado o, más bien, *quien hablaba* pues para designarse a sí mismo se decía *Agathos* y *Deilos* para designar a los otros. Pues es allí, en el que *tiene* el discurso, y más profundamente detenta la palabra, donde todo el lenguaje se reúne. A la pregunta nietzscheana: ¿quién habla? Mallarmé responde, y no cesa de retomar su respuesta, diciendo que lo que habla, en su soledad, en su frágil vibración, en su nada, es la palabra misma —no el sentido de la palabra, sino su ser enigmático y precario (...).<sup>52</sup>

Mallarmé —al disolverse en la ceremonia del lenguaje, de la que sólo se siente mero ejecutor— y Nietzsche —al atraer a la filosofía a la reflexión sobre el lenguaje— representan, para Foucault, las conciencias más brillantes de este retorno al ser del lenguaje, propio de los comienzos del siglo XIX. La literatura tiene en el pensamiento de Foucault una primacía ontológica. La “muerte del hombre” moderno tiene su anuncio en una serie de experiencias literarias alternas a la significación. Forman un campo disperso de experiencias que Foucault llama “ontología formal de la literatura”. La experiencia literaria de Artaud, Roussel, Kafka, Bataille, Blanchot es del enigma del ser desnudo del lenguaje como cumbre y finitud del sujeto. En la línea de los románticos, Foucault concede pleno valor filosófico a estas experiencias literarias fragmentarias. Expresan la superación del pensamiento clásico y del moderno que se basaban en la representación y el hombre moderno. Abren la experiencia a otro pensamiento —el pensamiento del afuera— sin Dios, el hombre o el discurso como elementos fundamentales.

50 FOUCAULT, Michel. *Les mots et les choses*, págs. 19-31 y 318-323; PELORSON, Jean-Marc. «Michel Foucault et l'Espagne», *La Pensée. Revue du rationalisme moderne*, nº 152, agosto de 1972, pág. 97.

51 FOUCAULT, Michel. *Les mots et les choses*, pág. 322.

52 FOUCAULT, Michel. *Les mots et les choses*, págs. 316, 317 y 314, 315.

Aunque el espacio representativo desde el que todavía pensamos no nos permita más que atisbar el porvenir fatídico del hombre moderno, las últimas páginas de *Les mots et les choses* se cierran con un enigmático presagio: el hombre es una invención moderna, reciente y efímera, cuyo fin está próximo<sup>53</sup>.

### 3. Una literatura incendiaria: el lector que está por venir

Foucault sitúa el nacimiento de la literatura moderna en el comienzo del siglo XIX. Desde el siglo XVII hasta finales del siglo XVIII, la época clásica supone la reposición de un lenguaje originario en cada obra. ¿De qué palabra inexpugnable se trata? La palabra de Dios (verdad y modelo), la Biblia (sentido absoluto) y los Antiguos (naturaleza) obran como trasfondo mudo y escondido a repetir de toda obra. Pero esta reposición, en su argumento, debía contar con la retórica —metáforas, metonimias, sinécdoques, ...— para restituir o restaurar ese sentido que no puede ser transcrito directamente. Foucault atribuye a Berkeley y a los filósofos del siglo XVIII el uso de la retórica para conducir la oscuridad y opacidad del lenguaje a la luminosidad y la transparencia de los signos. Mientras que la literatura, por el contrario, surge cuando esa primera palabra divina deja de ser entendida y, donde la retórica esclarecía, aparece un murmullo que repite lo que ya ha sido dicho hasta agotarlo. El espacio vacante de la retórica es ocupado por el libro. Un libro que, para Foucault, no es el libro como objeto impreso, mucho anterior al siglo XIX, sino el libro de Mallarmé que repite y agota todos los libros anteriores en la modernidad. Paradójicamente, responde al gran libro que representaba la época clásica pero, a su vez, señala su desaparición. El libro propio de la literatura moderna no es espejo de un lenguaje divino o absoluto, sino que se cierra sobre sí mismo en el combate con todos los libros anteriores. Las tres figuras que marcan el surgimiento de la literatura moderna son: Sade, símbolo de la trasgresión y lo prohibido, pura negatividad; Chateaubriand que identifica una literatura de ultra-tumba del hombre que desciende a la tumba con el crucifijo en la mano para escribir; y Proust, espacio virtual e intermediario, visible pero no tocable como corresponde a los simulacros. Todos ellos son repetición y agotamiento de los libros anteriores. Desean ser diferentes a los previos pero quedarán encerrados como nuevos libros en una biblioteca. Foucault ilustra esta batalla con los simulacros de *El Quijote* de Cervantes y *Jacques el fatalista* de Diderot, que anteceden al de Proust. Son los precursores de una violenta lucha con todos los libros anteriores para acabar encerrados en un nuevo libro entre todos sus caídos contendientes anteriores. Cualquier insurgencia literaria contra el libro acaba en el espacio sereno y frío de la biblioteca. Allí finalizan las más cruentas batallas de signos. La inexistencia de un lenguaje divino, que pacifique el encendido combate de la literatura moderna, deja paso a la muerte: la densidad y prolijidad de la biblioteca con un sinfín de libros. Liberados de la soberanía de la

---

53 FOUCAULT, Michel. *Les mots et les choses*, pág. 398.

palabra de Dios, quedamos encerrados en el versátil espacio de la biblioteca. Sade, Proust y Chateaubriand inauguran, para Foucault, una literatura descuartizada y dispersa, hecha de murmullos<sup>54</sup>.

Los escritos sobre literatura y lenguaje de Michel Foucault subrayan qué elemento es capaz de dislocar el orden representativo del lenguaje<sup>55</sup>. Para *Les mots et les choses*, el enemigo a abatir es el orden clásico. Se trata de quemar todo lo que Descartes representa como orden, para recuperar la enigmática densidad, propia de la palabra del renacimiento. Pero este estado imaginario de animalidad no puede retornar al renacimiento y pasa por la muerte del hombre en la sociedad moderna<sup>56</sup>. El poeta y el loco desbordan la determinación de la episteme de su tiempo<sup>57</sup>. Encarnan experiencias extremas que extralimitan la experiencia histórica en que viven. Son casos extraordinarios en el límite de las formas adquiridas por la racionalidad occidental<sup>58</sup>. Entre el renacimiento y la época clásica, “Don Quijote esboza lo negativo del mundo renacentista (...)”<sup>59</sup>; entre el clasicismo y la modernidad, “Sade alcanza el extremo del discurso y del pensamiento clásico (...)”<sup>60</sup>. En *Les mots et les choses*, junto a la hegemonía del lenguaje discursivo aparece una experiencia distinta a la experiencia de la representación: una “experiencia literaria” cuyo lenguaje no remite a nada porque permanece recogido sobre su materialidad. Es la experiencia de Mallarmé, Roussel, Nietzsche, Artaud, Blanchot, Nerval,... Sus escritos son necesariamente olvidados porque no podríamos vivir con su memoria. Guardamos con ellos una relación de “neutralidad”. Ni mucho menos nos constituyen. Tampoco podemos traerlos a una reminiscencia platónica. No nos son inmanentes y están fuera de nosotros. Nacieron fuera de nosotros y se sitúan en nuestro exterior. Son “pensamiento exterior” a nosotros. La cultura occidental perdura frente a ellos<sup>61</sup>. En ellos, el lenguaje se expresa en su ser bruto —rompe la bipartición del signo en significado y significante— y remonta, así, la positividad de la representación en que *todavía* pensamos. De este pensamiento no-dialéctico da cuenta su “ontología formal de la literatura”, dedicada a analizar algunas experiencias con el lenguaje: Brisset (abolición del código lingüístico y erotización de los sentidos)<sup>62</sup>, Blanchot (experiencia de la atracción como

54 FOUCAULT, Michel. «Littérature et langage», págs. 93-95 y 99-104; LECHUGA, Graciela. *Las resonancias literarias de Michel Foucault*, México D. F., Universidad Autónoma Metropolitana, 2004, 330 págs., págs. 87-137.

55 GABILONDO, Ángel. «Introducción», *De lenguaje y literatura* (Michel FOUCAULT, traducción de Isidro HERRERA BAQUERO), Barcelona, Paidós, 1996, 221 págs., págs. 9-59.

56 KANTERS, Robert. «Tu causes, tu causes, est-ce que tu sais faire?», *Le Figaro Littéraire*, n° 1053, jueves 26 de junio de 1966, pág. 5.

57 FOUCAULT, Michel. «Debat sur le roman. Dirigé par Michel Foucault», *Tel Quel*, n° 17, primavera de 1964, 95 págs.

58 CARROLL, David. «The subject of archeology or the sovereignty of the episteme», *Modern Language Notes*, n° 4, USA, 1978, págs. 695-722, pág. 715.

59 FOUCAULT, Michel. *Les mots et les choses*, pág. 61.

60 FOUCAULT, Michel. *Les mots et les choses*, pág. 224.

61 FOUCAULT, Michel. «Folie, littérature, société», págs. 992, 993.

62 FOUCAULT, Michel. «7 propos sur le 7e ange» (1970), *Dits et écrits, 1954-1975*, I, págs. 881-893; y «Le cycle des Grenouilles» (1962), *Dits et écrits, 1954-1975*, I, págs. 231-233.

experiencia de abandono y negligencia)<sup>63</sup>, Roussel (mecanismo de la “producción” como juego con los fonemas)<sup>64</sup>, los autores de *Tel Quel* (abundamiento en una estética de la escritura que piensa el lenguaje en su superficialidad)<sup>65</sup>, los surrealistas (la escritura como pensamiento que desvela el inconsciente, la locura, el sueño,...)<sup>66</sup>, Klossowski (la repetición duplicada de un signo religioso como simulacro)<sup>67</sup>, Flaubert (el libro como espacio de la tentación y la monstruosidad)<sup>68</sup>, Nerval (la obligación vacía de escribir)<sup>69</sup>, J. A. Reveroni de Saint-Cyr y Claude Crébillon (los sobreentendidos, los mitos mudos, la bestialidad)<sup>70</sup>,...

Del otro lado de la línea de demarcación que separa las experiencias heterotópicas de las homotópicas se extiende el desierto. Se estructura toda la experiencia del orden: el árido suelo que sirve de a priori o condición de posibilidad del saber clásico y moderno. La filosofía kantiana es, precisamente, una reflexión sobre los límites del pensamiento. Pero, aunque Kant inaugura, para Foucault, un pensamiento crítico, no negativo, de la afirmación que no afirma nada, la crítica quedó cautiva de la dialéctica y de la ilusión antropológica. Cuando Foucault señala que “nous ne pensons pas encore” está subrayando que toda la cultura occidental ha marcado una escisión insoslayable entre lo pensado y lo impensable (el día y la noche del pensar). Se trata de una escisión previa e irremontable al pensamiento. La literatura es para Foucault una experiencia que acecha este impensado. La literatura es un pensamiento sin reflexión que se abre a la sinrazón en el vacío constitutivo del pensamiento occidental. Es Nietzsche, y no Kant, quien pone en marcha —dentro del argumento de Foucault— una maquinaria metafórica, propia de un lenguaje no discursivo, que fractura al sujeto filosófico. A mediados de los sesenta, Foucault guarda todavía una firme distancia con el ideal ascético del filósofo que tenderá a conjugar tiempo después. Utiliza, por el contrario, los desafíos de Bataille al lenguaje. En plena reflexión de *Les mots et les choses*, Foucault opone el filósofo enloquecido que lanza al viento su subjetividad al ideal de sabiduría socrática<sup>71</sup>.

La vida de Foucault fue una peregrinación azarosa —muy propia del ideal romántico— que tan pronto pudo llevarle al periodismo —admirado de Jean Daniel— como le condujo misteriosamente a la filosofía. No redujo el misterio a una explicación ni cuando le cercaban por dar una concepción ignota de los cambios históricos en *Les mots et les choses*. Fue huidizo y enmascarado porque su escritura no dejó de ser una elipse libre. El camino intelectual de Michel Foucault

63 FOUCAULT, Michel. «La pensée du dehors» (1966), *Dits et écrits, 1954-1975*, I, págs. 546-567.

64 FOUCAULT, Michel. *Raymond Roussel*, París, Gallimard, 1963, 211 págs.

65 FOUCAULT, Michel. «Distance, aspect, origine» (1963), *Dits et écrits, 1954-1975*, I, págs. 300-313.

66 FOUCAULT, Michel. «C’était un nageur entre deux mots» (1966), *Dits et écrits, 1954-1975*, I, págs. 582-585.

67 FOUCAULT, Michel. «La Prose d’Actéon» (1964), *Dits et écrits, 1954-1975*, I, págs. 354-365.

68 FOUCAULT, Michel. «Un “fantastique de bibliothèque”» (1964), *Dits et écrits, 1954-1975*, I, págs. 321-353.

69 FOUCAULT, Michel. «L’Obligation d’écrire» (1964), *Dits et écrits, 1954-1975*, I, pág. 465.

70 FOUCAULT, Michel. «Un si cruel savoir» (1962), *Dits et écrits, 1954-1975*, I, págs. 243-256.

71 FOUCAULT, Michel. «Préface à la transgression» (1963), *Dits et écrits, 1954-1975*, I, págs. 261-278.

es tan variado e ininterrumpido como el de *Enrique de Ofterdingen* de Novalis<sup>72</sup>. Proseguimos la obra inacabada, desorbitada, fragmentaria del *Enrique...*<sup>73</sup> como desciframos sin fin la escritura de Foucault. La vida del escritor se agota pero la novela de Enrique prosigue más allá del “Informe de Tieck sobre la continuación de Enrique de Ofterdingen”. La vamos completando sus lectores. *Enrique de Ofterdingen* es irreductible a un sentido como el deslizamiento de la escritura de Foucault se sigue abriendo sin quedar limitado a una obra celebre. Las andanzas de Enrique son un dédalo de intercalaciones de planos narrativos donde lo contado es más importante que lo vivido. Los deslizamientos de la escritura de Foucault —que anotamos como arqueológicos, genealógicos, tecnológicos del yo,... por tranquilidad o pereza— se sumergen en la espesura de la biblioteca antes de haber enmascarado a su creador. Enrique observa que es un personaje más del libro del ermitaño que acaba de conocer. La escritura de Foucault se interna en el hueco oscuro del gran libro del mundo guardado en la biblioteca.

Lo que conocemos como el pensamiento de Foucault es la urdimbre imaginada en sucesivas bibliotecas: la de Uppsala, la de la calle Richelieu de París, la de los pequeños bistros cuando la Nacional cierra, la Saulchoir,... Incómodo en la Sorbona, el que iba a escribir *Les mots et les choses* emprende su camino por Uppsala, Varsovia, Hamburgo, Túnez, Clermont Ferrand y París sin mayor vínculo con las instituciones educativas que el archivo que le permiten formar de la botánica a la gramática, de la economía a la sociología, de la psiquiatría a la criminología.<sup>74</sup> El camino a Uppsala es fruto de la complicidad de uno de sus más constantes maestros: George Dumézil. La búsqueda del tesoro escondido —una gran donación sobre historia de la medicina en Suecia— es el motivo inicial de su nomadismo. Más que escalar puestos universitarios parece escribir el gran libro que extraiga el sentido del mundo. Su labor es más propia del poeta que del “homo academicus”. Parece acudir a una gran fiesta donde discípulos sin maestros —Bataille, Deleuze, Barthes, Foucault, Klossowski, Blanchot,...— desentrañarán cómo van a acceder a la naturaleza (inmanencia). La entrada no requiere pertenecer a una academia sino sólo levantar el velo de Isis —encarar el amor a la sabiduría— como los habitantes de *Los discípulos en Sais* de Novalis<sup>75</sup>. Foucault se sitúa más entre los sabios y los poetas para ver la unidad de un todo fluido y fugitivo en vez de compartimentar, clasificar y momificar lo atisbado por sus ojos. Parte de la pasión por saber en vez de querer el conocimiento depositado en hospitales y osarios<sup>76</sup>. Y esta pasión no se satisface sino en el San Antonio lector que se hurta a cualquier tentación, querido por Foucault, o en la mina del ermitaño que se

72 VILLACAÑAS, José Luis. *La quiebra de la razón ilustrada: idealismo y romanticismo*, págs. 212-219.

73 MINGUEZ, José Miguel. «Introducción», *Enrique de Ofterdingen* (edición de José MINGUEZ), Barcelona, Bruguera, 1983, 273 págs., págs. 7-32.

74 ERIBON, Didier. *Michel Foucault (1926.1984)*, París, Flammarion, 1989, 402 págs., págs. 95-122.

75 NOVALIS. *Los discípulos de Sais*, págs. 45-50. GONZÁLEZ PORTO-BOMPIANI, *Diccionario Literario*, Tomo IV, págs. 132, 133.

76 NOVALIS. *Los discípulos de Sais*, págs. 35, 36.



guarda con dureza de la luz para leer más intensamente, según el deseo de Novalis. El espacio de “La Bibliothèque Fantastique” de Foucault se asemeja a la profunda caverna del ermitaño de *Enrique de Ofterdingen*: son cavidades nocturnas donde la lectura y la escritura se internan en el silencio de una pasión mortífera.

Foucault escribe *Les mots et les choses* con la dureza del minero y la curiosidad del ermitaño de *Enrique de Ofterdingen*. Realiza el archivo de la lengua, la biología y la economía mediante dos cortes de terreno del saber. Busca donde las rocas se espesan y dejan ver filones de saberes diversos. Observa cortes geológicos, umbrales, donde conocimientos distintos llevan vetas comunes. Tal trabajo requiere del tesón y la paciencia del minero que busca tesoros. Pero sabe que los mayores descubrimientos requieren perderse en galerías ignotas. Como aquel ermitaño, rebusca, entre los libros, viejas historias y poesías. A veces, como al ermitaño que recibe a Enrique, trovador del siglo XIII, le parece que las palabras de los textos adquirieron vida. Ya no se excita por el sentido de las palabras sino por esas bellas letras capitulares que abren la narración de los capítulos. Le parecen imágenes vivas más que los sosos elementos de un manido vocabulario. Tantas figuras contienen estos cavernícolas libros del antiguo régimen que parecen abarcar todas las escenas de la vida. A Enrique de Ofterdingen y a Michel Foucault les parece que ermitaños como este tan hospitalario —la vida del eremita Antonio de Atanasio no le es menos<sup>77</sup>— le pueden transmitir todos los misterios desde su soledad.

En un texto fechado en mil novecientos sesenta y cuatro, se puede ver la disposición fantástica en que Foucault escribe *Les mots et les choses*. Se trata de un espacio de imaginación que Foucault atribuye a Flaubert, propio del siglo XIX, y que es singularmente moderno e impensable en el Siglo de las Luces: el “celo erudito”. Este celo requiere una perseverancia libresca. No hay que viajar muy lejos para soñar. Foucault defiende allí que lo quimérico aparece en el espacio de la biblioteca:

(...) Lo quimérico puede nacer de la superficie negra y blanca de los signos impresos, del volumen firme y polvoriento que se abre sobre un vuelo de palabras olvidadas, se despega pulcramente en la biblioteca tapada, con sus columnas de libros, sus títulos alineados y sus secciones que la cierran por todas partes, pero bostezan, de otro lado, sobre unos mundos imposibles. Lo imaginario se aloja entre el libro y la lámpara. No se lleva más lo fantástico en su corazón; no se espera más de las incongruencias de la naturaleza; no se le saca de la exactitud del saber; su riqueza está en la espera del documento. Para soñar, no es necesario cerrar los ojos, hay que leer. La verdadera imagen es conocimiento. Son las palabras ya dichas, las recensiones exactas, las masas de información minúsculas, las ínfimas parcelas de monumentos y de reproducciones las que portan en tal experiencia los poderes de lo imposible. (...). Lo imaginario no se constituye contra

77 FOUCAULT, Michel. «L'écriture de soi» (1983), *Dits et écrits, 1954-1988* (edición de Daniel Defert y François Ewald), II (1976-1988), París, Gallimard, 2001, 1735 págs., págs. 1234-1249.

lo real para negarlo o compensarlo; se extiende entre los signos, de libro a libro, en los intersticios de las repeticiones y de los comentarios, nace y se forma en los intersticios de los textos. Es un fenómeno de biblioteca. (...).<sup>78</sup>

Hay escritos que se asemejan a “l’entretien infini” en expresión de Blanchot. Nunca acaban de ser escritos. Foucault sitúa su prólogo a *Las tentaciones de San Antonio* de Flaubert repetidas veces en el telar de la escritura (1964, 1967 y 1970). Otorga a *Las tentaciones de San Antonio* de Flaubert ser un libro de libros que, en vez de ser nuevo, se extiende rigurosamente en el espacio de los otros que le precedieron. Cervantes remedaba con ironía todos los libros de caballería, Sade reponía, en forma prohibida, las novelas virtuosas del siglo XVIII. Pero Flaubert escribe un libro soñado de otros libros soñantes ellos mismos. A este libro Foucault le otorga ser *El Libro* que dará lugar, luego, a Mallarmé y, más tarde, a Joyce, Roussel, Kafka, Pound y Borges. *El Libro* encendió la mecha de la biblioteca bien ordenada. Esta ensoñación libresca le viene a Flaubert del prolijo retrato medieval de San Antonio realizado por Pieter Brueghel el Joven. Lo más llamativo del caso es que en el Libro imaginado en la Edad Media se dan cita todos los demonios que San Antonio parecía conjurar con la lectura. En vez de taparse, esconderse con el libro, hurtarse a cualquier tentación, San Antonio queda expuesto —en el mundo fantástico de Flaubert que Foucault comparte— a una demonización completa por medio de su Libro. Parece que Foucault con su pulcra escritura se ha dado, a la manera de Flaubert, un espacio monstruoso sólo comparable a la Biblioteca.

Uppsala es la plaza deseada de un monje bibliógrafo que escribe *Histoire de la folie à l’âge classique* y Túnez el desierto de un anacoreta que prepara *Les mots et les choses*. Ambos son destinos apartados de cualquier utilidad académica. Son retiros para que un extranjero dé lugar a un lenguaje extraño e inclasificable. ¿Por qué, entonces, tanta fagocitación de la crítica contra *Les mots et les choses*? A Foucault le atribuyeron una palabra nueva —una novedad— llegada con la edición de *Les mots et les choses*. Pero, ¿no es más bien este libro un libro de libros soñados? ¿No se trata de un libro en los intersticios de muchas bibliotecas y museos serenos y muertos? Ansiosa de novedades, la “chinoise” calificó a *Les mots et les choses* de estructuralista, sistémico o, cuando no, de traidor al marxismo soviético. Pero ¿no era ya un asesino del orden del lenguaje y un liberador del pensamiento? Foucault había desplegado toda una arquitectura conceptual sumamente prolija para dar cuenta de los diferentes zócalos del saber renacentista, clásico y moderno donde se inscribe la experiencia en la historia<sup>79</sup>. Se trataba de analizar la “experiencia desnuda del orden y sus modos de ser”. Pero el perímetro formado por estos zócalos estaba poblado por numerosos puntos de fuga. La cuadratura del saber de cada

78 FOUCAULT, Michel. «La Bibliothèque Fantastique», *Dits et écrits, 1954-1975*, I, págs. 325, 326.

79 SAUQUILLO, Julián. *Michel Foucault: una filosofía de la acción*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1989, 459 págs.; SAUQUILLO, Julián. *Para leer a Foucault*, Madrid, Alianza Editorial, 2001, 199 págs.

época era asaltada por todo un bestiario de experiencias gozosas o silenciosas en sus esquinas. El perímetro formado por saberes tan diversos e idénticos a la vez — análisis de las riquezas, gramática general e historia natural; economía, lingüística, biología; psiquiatría, criminología, pedagogía, sociología,...— era acechado por estratégicos y minuciosos asaltos desde las sombras. A la arqueología del saber foucaultiano le interesaba no sólo la cartografía de los saberes sino la táctica tenaz de estas luchas en el lenguaje. Algo que la “chinoise” no podía comprender en su descanso mítico.

Tras la revolución cultural china, Foucault se planteó si la escritura podía seguir algún combate. Cabía dejar de escribir e integrarse en el proceso revolucionario denodadamente o seguir escribiendo pero a la sombra de un comunismo garante de ser “intelectual comprometido”. Quien, como él, descartara ambas soluciones viviría el vértigo abierto por *Les mots et les choses*. Lejos de abandonar la experiencia transgresora de la locura de *Histoire de la folie* (1961), *Les mots et les choses* retoma el rechazo de lo radicalmente otro en la literatura moderna. Foucault evita a la “chinoise” mediante una literatura enloquecida. En *Les mots et les choses*, la literatura es el “espacio del fuego” —expresión debida a dos títulos de Blanchot: *El Espacio literario* y *La Parte del fuego*—, de aquello que la civilización echa a la hoguera porque sabe que no podría sobrevivir con ello. Pero Foucault sabe que la sociedad contemporánea burguesa asimila cualquier provocación (incluso *Haute Surveillance* de Jean Genet ha sido, ya a comienzos de los setenta, convenientemente deglutida por el teatro comercial). Por ello, lo irreductiblemente otro de la literatura no es comercializable. Surge de la destrucción, el vacío y las cenizas. Kafka, Roussel y Sade son un “albergue de incendio eterno” impuesto en las bibliotecas. No es la literatura que se escribe para hacerse famoso sino la literatura que se escribe porque sí y a riesgo de volverse loco. Es una literatura sin pacto alguno con la sociedad<sup>80</sup>.

Quizás un lector más descreído de la literatura “prêt-à-porter” pueda afrontar las aventuras de esta literatura. Tal lector concebiría la literatura sin el placer de una historia lineal que disuelve una intriga. El lector que está por venir se expone a una literatura sin tiempo. El libro será sólo espacio. Poseerá solamente una “materialidad espacial” donde se desenvuelve el lenguaje. En tal espacio, las palabras, los fonemas, los sonidos, las siglas escritas son signos perturbadores. Signos fascinantes e indescifrables. Tal espacio literario habría de liberar al lenguaje del sentido y de representar algo. Su materialidad se mostraría como presencia sin mensaje alguno. Sería el cuerpo de la neutralidad o de la violencia. Tal lenguaje espera a alguien que pueda encerrarse en una palabra intransitiva. Poco importan las diferencias e identidades entre literatura y filosofía para tal lector. Cuenta, en cambio, que observe el lenguaje como la arquitectura espacial de una sintaxis en vez de apreciar el lenguaje por el tiempo que contiene o la reflexión que aporta. Pero falta mucho para que Raymond Roussel se convierta en “trend topic”. No hay

---

80 FOUCAULT, Michel. “Folie, littérature, société”, pág. 991.

lector todavía que aprecie largas repeticiones en el lenguaje sin cansarse de sus casi imperceptibles modificaciones. A Roussel no le acompañó nadie a ver múltiples representaciones teatrales de la misma obra. Nadie disfrutó con él de microscopios cambios actorales y decorativos en cada velada. Tuvo que sumergirse solo en el lenguaje. Sus cambios de palabras con fonética pareja propiciaban explosiones significativas de gran imaginación. Pero no encontró camaradas con quienes asustar al público. Tampoco hoy encontraría más compañía que su sombra. Hasta que llegue su momento, el último lector del orden representativo esperará en la biblioteca milenaria. Un día, dialogará con otro ser extraño salido a su encuentro. Dislocarán el lenguaje en el interior de una biblioteca. Por fortuito y misterioso que sea su encuentro, se dará entre las palabras muertas e indescifrables de las hemerotecas.

#### 4. Bibliografía

- ANGELLOZ, J.-F. *La literatura alemana* (traducción de Zoé de GODOY), Barcelona, Surco, 1949, 151 págs.
- ARGULLOL, Rafael. «El descenso místico de Novalis», NOVALIS, *Himnos a la Noche* (traducción José María VALVERDE), Barcelona, Icaria literaria, 1985 (2ª ed. 2012), 104 págs., págs. 11-22.
- AYRAULT, Roger. *La genèse du romantisme allemand, 1797-1804*, I, II, París, Editions Montaigne, 1969, 1976, 572 y 573 págs.
- AZÚA, Félix de. «Presentación», *Los discípulos de Sais* (edición de Félix de AZÚA) de NOVALIS, Madrid, Hiperion, 1988, 67 págs., págs. 7-23.
- ARTIÈRES, Philippe; BERT, Jean-François; CHEVALLIER, Philippe; MICHON, Pascal; POTTE-BONNEVILLE, Mathieu; REVEL Judith y ZANCARINI Jean-Claude (Edits.). *Les Mots et les Choses. Regards critiques 1966-1968*, Caen, Presses universitaires de Caen, 2009, 377 págs.
- BARJAU, Eustaquio. «Introducción», *Himnos a la noche. Enrique de Ofterdingen* (edición de Eustaquio Barjau), Madrid, Cátedra, 1992 (5ª ed. 2014), 295 págs., págs. 7-61.
- BÉGUIN, Albert. *El alma romántica y el sueño* (traducción de Mario MONTEFORTE TOLEDO), México, Fondo de Cultura Económica, 1939 (1ª reimpresión 1978), 500 págs.
- BERTHERAT, Yves. «La pensée folle», *Esprit*, nº 5, mayo de 1967, págs. 862-881.
- BLANCHOT, Maurice. *L'espace littéraire*, París, Gallimard, 1955, 379 págs., págs. 7-28 y 227-234.
- BLUMENBERG, Hans. «El problema del nihilismo en la literatura alemana contemporánea», *Literatura, estética y nihilismo* (Alberto FRAGIO, Josefa ROS VELASCO eds.), Madrid, Trotta, 2016, 153 págs., págs. 25-35.
- BOMPIANI. *Diccionario literario*, Tomo IV, Barcelona, Hora, 1988, 968 págs., págs. 515, 516.
- BOUCHARD, F. Donald. «Introduction», *Language, counter-memory, practice*, Ithaca, Nueva York, Cornell University Press, 1977 (2ª ed. 1980), 240 págs.
- BRION, Marcel. *La Alemania romántica, II, Novalis, Hoffman, Jean-Paul* (traducción de María Luz Melcón), Barcelona, Barral, 1971, 355 págs.
- BRUNSCHWIG, Henri. *Société et romantisme en Prusse au XVIIIe siècle*, París, Flammarion, 1973, 365 págs.

- CARROLL, David. «The subject of archeology or the sovereignty of the episteme», *Modern Language Notes*, nº 4, USA, 1978, págs. 695-722.
- CASTRO ORELLANA, Rodrigo. *Foucault y el cuidado de la libertad. Ética para un rostro de arena*, Santiago de Chile, Lom, 2008, 532 págs.
- COLLIN, Françoise. «La pensée de l'écriture: différance et/ou événement. Maurice Blanchot entre Derrida et Foucault», *Revue de Métaphysique et de Morale*, nº 2, 2015, págs. 167-177.
- CHAR, René. «En compagnie», *La Nouvelle Revue Française*, nº 168, diciembre de 1966, págs. 961-966.
- ERIBON, Didier. *Michel Foucault (1926.1984)*, París, Flammarion, 1989, 402 págs.
- FOUCAULT, Michel. «Le cycle des Grenouilles», *La Nouvelle Revue française*, nº 114, junio de 1962, Año X, págs. 985-1176.
- FOUCAULT, Michel. «Un si cruel savoir», *Critique*, nº 187, París, julio de 1962, Tomo XVIII, págs. 597-611.
- FOUCAULT, Michel. *Raymond Rousset*, París, Gallimard, 1963, 211 págs.
- FOUCAULT, Michel. «Distance, aspect, origine», *Critique*, nº 198, noviembre de 1963, Tomo XIX, págs. 835-1118, págs. 15-19.
- FOUCAULT, Michel. «Préface à la transgression», *Critique*, nº 195-196 (homenaje a George Bataille), agosto-septiembre de 1963, págs. 751-769.
- FOUCAULT, Michel. «Debat sur le roman. Dirigé par Michel Foucault», *Tel Quel*, nº 17, primavera de 1964, 95 págs.
- FOUCAULT, Michel. «La Prose d'Actéon», *La Nouvelle Revue Française*, nº 135, Año XII; marzo de 1964, págs. 444-459.
- FOUCAULT, Michel. «L'Obligation d'écrire», *Arts*, nº 980, 11-17 de noviembre de 1964, 39 págs., págs. 6-8.
- FOUCAULT, Michel. *Les mots et les choses. Une archéologie des sciences humaines*, París, Gallimard, 1966, 400 págs.
- FOUCAULT, Michel. «La pensée du dehors», *Critique*, nº 229, junio de 1966, págs. 523-546.
- FOUCAULT, Michel. «André Breton. C'était un nageur entre deux mots», *Arts-Loisirs*, nº 54, París, del 5 al 11 de octubre de 1966, págs. 8-9.
- FOUCAULT, Michel. «Un fantastique de bibliothèque», *Cahiers Renaud-Barrault*, nº 59, marzo de 1967, París, Gallimard, 122 págs., págs. 7-30.

- FOUCAULT, Michel. «7 propos sur le 7e ange», prefacio a *La grammaire logique suivie de la Science de Dieu* (de Jean Pierre BRISSET), París, Claude Tchou, 1970, págs. VII-XIX
- FOUCAULT, Michel. «Anti-retro», *Cahiers du Cinema*, nº 251-252, julio-agosto de 1974, págs. 5-15.
- FOUCAULT, Michel. «Sur La seconde Révolution chinoise», *Dits et écrits, II*, París, Gallimard, 1994, 838 págs., págs. 513, 514; Michel FOUCAULT, Michel, «La Seconde Révolution chinoise», *Dits et écrits, II*, págs. 515-518.
- FOUCAULT, Michel. «La scrittura di sè» (traducción de Fabio Polidori), *Aut-Aut*, nº 195-196, mayo-agosto de 1983, 163 págs.
- FOUCAULT, Michel. *Dits et écrits, 1954-1988* (edición de Daniel Defert y François Ewald), I (1954-1975), I, II, París, Gallimard, 2001, 1707 págs. y 1735 págs.
- FOUCAULT, Michel. «*Il faut défendre la société*». *Cours au Collège de France. 1975-1976* (edición de François Ewald y Alexandro Fontana por Mauro Bettani y Alessandro Fontana), París, Gallimard, Seuil, 1997, 283 págs.
- FOUCAULT, Michel. «Se débarrasser de la philosophie» (A propósito de la literatura. Grabado en junio de 1975), *Michel Foucault, entretiens* (con Roger-Pol Droit), París, Odile Jacob, 2004, 151 págs., págs. 75-88.
- FOUCAULT, Michel. *Le beau danger* (entrevista con Claude BONNEFOY), París, Éditions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales, 2011, 68 págs., págs. 63, 64.
- FOUCAULT, Michel. «Littérature et langage» (Bruselas, diciembre de 1964), *La grande étrangère. À propos de la littérature*, París, Éditions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales, 2013, 221 págs., págs. 88, 89.
- GABILONDO, Ángel. «Introducción», *De lenguaje y literatura* (Michel FOUCAULT, traducción de Isidro HERRERA BAQUERO), Barcelona, Paidós, 1996, 221 págs., págs. 9-59.
- GONZÁLEZ PORTO-BOMPIANI. *Diccionario Literario*, Tomo IV, Tomo V, Barcelona, Montaner y Simón, S. A., 1959 (2ª ED. 1967), 967 págs., 936 págs.
- KANTERS, Robert. «Tu causes, tu causes, est-ce que tu sais faire?», *Le Figaro Littéraire*, nº 1053, jueves 26 de junio de 1966, pág. 5.



- LECHUGA, Graciela. *Las resonancias literarias de Michel Foucault*, México D. F., Universidad Autónoma Metropolitana, 2004, 330 págs.,
- MARTINI, Fritz. *Historia de la literatura alemana* (traducción de Gabriel FERRATER), Barcelona, Labor, 1964, 650 págs., págs. 318-350.
- MICIELI, Cristina. *Foucault y la fenomenología. Kant, Husserl, Merleau-Ponty* (prólogo de Roberto J. Walton), Buenos Aires, Editorial Biblos, 2003, 152 págs.
- NIETZSCHE, Friedrich. *La genealogía de la moral* (traducción de Andrés SÁNCHEZ PASCUAL), Madrid, Alianza Editorial, (1ª ed. 1972) 5ª ed. 1980, 203 págs.
- NAVILLE, Pierre, *La revolución y los intelectuales* (traducción de Santiago ALBERTÍ), Barcelona, Galba, 1976, 181 págs.
- NOVALIS. *Enrique de Ofterdingen* (edición de Eustaquio BARJAU), Madrid, Cátedra, 1992 (5ª ed. 2014), 295 págs., págs. 81-281.
- NOVALIS. *Himnos a la noche* (traducción José María VALVERDE), Barcelona, Icaria literaria, 1985 (2ª ed. 2012), 104 págs.
- NOVALIS. *Los discípulos de Sais* (edición de Félix de AZÚA), Madrid, Hiperion, 1988, 67 págs.
- PAU, Antonio. *Novalis. La nostalgia de lo invisible*, Madrid, Trotta, 2010, 261 págs.
- PELORSON, Jean-Marc. «Michel Foucault et l'Espagne», *La Pensée. Revue du rationalisme moderne*, nº 152, agosto de 1972, 156 págs.
- PUGLISI, Gianni. *Lo strutturalismo*, Roma, Ubaldini Editore, 1970, 230 págs., págs. 117-13.
- RACHMAN, John. *Michel Foucault the freedom of philosophy*, Nueva York, Columbia University Press, 1985, 131 págs.
- SAUQUILLO, Julián. *Michel Foucault: una filosofía de la acción*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1989, 459 págs.
- SAUQUILLO, Julián. *Para leer a Foucault*, Madrid, Alianza Editorial, 2001, 199 págs.
- SAUQUILLO, Julián. «La radicalización del uso público de la razón (Foucault, lector de Kant)», *Daimon. Revista de Filosofía*, nº 33, septiembrediciembre de 2004, Murcia, Sociedad de Filosofía de la Región de

Murcia y Departamento de Filosofía de la Universidad de Murcia, 291 págs., págs. 167-185.

VIDAL ESTEVEZ, Manuel, «Pensamiento y cine. Fulgores teóricos, cegueras políticas», *En torno a La Nouvelle vague. Rupturas y horizontes de la modernidad*, Madrid, Filmoteca Española, 2002, 541 págs., págs. 391-417.

VILLACAÑAS, José Luis, *La quiebra de la razón ilustrada: idealismo y romanticismo*, Madrid, Cincel, 1988, 236 págs.